
Recensiones

ÁNGEL RIVERO

Civilizados y salvajes. La mirada de los ilustrados sobre el mundo no europeo

María José Villaverde y Gerardo López Sastre (eds.). Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2015, 303 pp.

Hace ya una década, el debate en torno a la malhadada Constitución Europea generó una discusión pública reveladora, por el antagonismo que expresaba, en torno a las señas de identidad de la Unión Europea. En este debate unos sostuvieron que la constitución debía hacer referencia a las raíces cristianas de Europa y otros enfatizaron que lo que debía colocarse como inspiración de la carta magna del proyecto de integración europeo era la Ilustración. Para estos últimos, todos los valores positivos de Europa debían vincularse al proyecto dieciochesco de alumbrar con la razón los males de la sociedad para remediarlos. Para Immanuel Kant la Ilustración no era otra cosa que la salida del hombre de una minoría de edad de la que era culpable: vivía en la ignorancia cuando podía dar el paso de conocerse a sí mismo; al hacerlo, transformaría el mundo.

El culto ilustrado por la ciencia, frente a la oscuridad de la superstición y el prejuicio, había generado, sostenían los defensores de la Ilustración, un proceso de transformación social que dio paso a la emancipación de los hombres, hasta entonces sometidos, haciendo que gozaran de una libertad e igualdad presentes que se proyectan ampliadas hacia el futuro. En suma, que para los defensores de las raíces ilustradas de Europa todo lo positivo que asociamos hoy día con la libertad de la que gozan las democracias europeas podía vincularse con un único origen: el proyecto ilustrado de transformación del mundo desde la oscuridad a la luz.

Ciertamente muchos han sostenido que la libertad e igualdad de los hombres como ideales podían anteceder a la Ilustración y que como ideales no eran necesariamente ajenos al mundo clásico o cristiano, pues allí también se había hablado en términos parecidos de arcádicas edades de oro y de paraísos anteriores a la caída. Si acaso, la diferencia mayor era que la sociedad perfecta se situaba en el pasado (o en un futuro más allá de este mundo) y que los ilustrados hacían del futuro guiado por la ciencia la realización de las potencialidades e ideales humanos. Ahora bien, si nadie discute la bondadosa voluntad de los ilustrados por mejorar la vida de los hombres en la tierra, sin embargo, los sueños de la razón no dejan de estar poblados de monstruos. Así, legítimamente, muchos han visto en los experimentos totalitarios del siglo XX la conse-

cuencia última del propósito de crear sociedades perfectas mediante la aplicación implacable de la ciencia sobre la vida de los hombres.

La afirmación monista de que la verdad es una y el error múltiple, no solo fue el credo de inquisidores y fanáticos sino que también se convirtió en parte del credo científico aplicado a la organización política de los pueblos. Si el esquema maniqueo propio de la intolerancia religiosa se traslada secularizado y revestido de ciencia a la ingeniería social, sus consecuencias dolorosas sobre quienes lo sufren no se aminoran sino que se agrandan porque el consuelo de la religión es sustituido por la frialdad de la razón en su aplicación. Así, cuando en la organización de las sociedades se opera con un esquema binario que contraponen luz a oscuridad, verdad a error, progreso a atraso o a regreso, desarrollo a estancamiento y, el tema del libro que aquí comentamos, civilización a salvajismo, la tragedia está servida. Pues cuando se opera bajo estas disyunciones maniqueas, la posibilidad de una mediación entre opuestos se hace imposible y la condena de todo aquello que se señala como negativo se hace absoluta, esto es, científica, de forma que su defensa se desacredita en el altar del progreso, o lo que es lo mismo, de una sociedad futura guiada por la verdad de la ciencia.

Este reproche a la Ilustración es tan antiguo como la Ilustración misma. Heine y Hegel encontraron en ella las semillas que sembraron el terror que fructificó en 1793; Horkheimer y Adorno, en 1944, culparon de nuevo a la Ilustración del terror totalitario que asolaba a Europa; Derrida, Foucault y el movimiento postmoderno de los años ochenta no hizo sino reiterar esta conexión entre Ilustración y dominación imperialista. La Ilustración no fue solo luz sino que arrojó muchas sombras. En 1981, Alasdair MacIntyre publicó *Tras la virtud*, una refutación sin contemplaciones del proyecto ilustrado que fue enormemente influyente.

Sin embargo, a partir de los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001, la crítica a la Ilustración quedó orillada y comenzó un movimiento de afirmación radical de su valor frente a lo que se veía como resurgimiento de la superstición y la violencia religiosa. Así, autores como Richard Dawkins y Mark Lilla enfatizaron la idea de que la Ilustración se encontraba asediada por la vuelta del fanatismo. Otros como John Gray se hicieron cargo de la vuelta de la religión a la política desde un punto de vista más matizado.

En cualquier caso, la defensa de una Ilustración autoritaria en su lucha contra la creencia religiosa, propia de la convulsa primera década del siglo XXI, ha dado paso a una nueva discusión de este movimiento y de su valor para el presente. Ahora lo que nos encontramos es una apología más políticamente correcta, donde lo importante son sobre todo los valores de la Ilustración, que señalan un legado permanente y universal mediante el cual el progreso de nuestras sociedades se hace posible. En esta línea es pionero el ensayo de Tzvetan Todorov, *El espíritu de la Ilustración* y que sería seguido por otros como el de Jonathan Israel, *La Ilustración radical* o Anthony Pagden, en su muy reciente *La Ilustración y por qué sigue siendo importante para nosotros*, donde se reitera, como en los anteriores, que en la Ilustración está todo aquello que universalmente valoramos y que la Ilustración también puede ser ilustrada.

Es por ello que el libro editado por María José Villaverde y Gerardo López Sastre abre una oportuna discusión en el mundo de lengua española sobre el valor aparentemente tan indubitable de la Ilustración en relación a los valores socialmente representados en nuestras sociedades. Para ello, los autores se hacen eco de una paradoja muy productiva que se hace cargo de esta ya larga discusión sobre el valor del legado de esta corriente intelectual: ¿cómo es posible que la Ilustración ejemplifique paradigmáticamente el proyecto de desarrollo de la libertad y la igualdad y que, sin embargo, la inmensa mayoría de los ilustrados fueran racistas, defendieran la esclavitud, hicieran apología de las empresas imperiales y despreciaran a las culturas no europeas tachándolas de salvajes, bárbaras o, en el mejor de los casos, las valoraran desde el paternalismo de quien contempla a unos niños ingenuos con los ojos del resentimiento de la edad proveya?

Sin duda, la respuesta fácil a esta paradoja es que hemos creado un mito que llamamos Ilustración en el que vamos metiendo todo aquello que consideramos positivo y vamos sacando todo aquello que condenamos. Así, cuando hablamos de este ente móvil, Ilustración, estamos recreando un ideal, pero cuando nos acercamos a los ilustrados no encontramos sino prejuicios adornados de pretensión de ciencia. Los ilustrados son hijos de su tiempo, pero la Ilustración es un mito que podemos recrear a nuestra conveniencia sin límites.

Como todos los libros colectivos, la diversidad de autores tiene sus inconvenientes y sus ventajas. Aunque claramente la paradoja antes señalada actúa como eje en el que se articulan la mayoría de las contribuciones, el libro no sustenta una única tesis y, por tanto, carece estrictamente de coherencia. Lo que se puede ver como una insuficiencia, pero también como una virtud. En este último sentido, resulta obvio que la respuesta a la paradoja de la Ilustración se puede entender de muy diversas maneras y así sucede en este libro.

María José Villaverde plantea con crudeza en su capítulo los extremos de la paradoja: de la defensa de la igualdad a la justificación del racismo. De alguna manera pareciera que su texto refleja sin piedad las raíces ilustradas de muchos de los peores males que podemos nombrar. Sin embargo, el tono es contenido porque podía haber ido mucho más lejos, por ejemplo en relación con Kant. Si parece abrupto lo que nos dice, es sin duda porque desde pequeños nos han contado que la Ilustración es algo bueno y está a salvo de las patologías y maldades de los ilustrados. Villaverde nos pone la paradoja delante para que nosotros la resolvamos.

Muy diferente es la actitud de Jonathan Israel. Este resuelve la paradoja estableciendo una distinción. La Ilustración no sería un movimiento homogéneo sino que a su vez estaría dividida entre los partidarios de la luz y los de la oscuridad. Los verdaderos ilustrados, los que comulgan con nuestros valores, serían los llamados ilustrados radicales. Mientras que los defensores del oprobio (el racismo, el colonialismo y la esclavitud) serían los ilustrados conservadores (se supone que partidarios de preservar todo aquello que ahora condenamos). Ciertamente, la de Israel es una salida a la paradoja que organiza el libro, pero parece demasiado fácil. ¿No sería más ecuánime decir que las luces y las sombras de la Ilustración van juntas y no en partidos distintos?

Francisco Castilla Urbano sigue una línea parecida la de Israel al ocuparse de John Locke y su visión del imperio. Si éste puede ser legítimamente considerado uno de los fundadores del liberalismo político, que vehicula las ideas de libertad e igualdad, sin embargo, en su visión imperial es proponente de un imperialismo occidental que también otros autores del volumen conectan de forma directa con esta doctrina política. Las sutilezas de Locke en relación con la protección de las propiedades del individuo como aquello que nos señala la calidad de un Gobierno, alcanzan únicamente a los occidentales. Allende los mares la propiedad no ha de ser respetada y el indio puede ser impunemente desposeído. Locke, concluye, quizás no era un ilustrado conservador, pero evidentemente tampoco era un enemigo del imperialismo.

En su capítulo, Jaime de Salas se hace eco de las contradicciones de Thomas Jefferson en relación con sus creencias políticas, expresadas en textos como la Declaración de Independencia, y en su prosaica existencia como terrateniente y poseedor de esclavos. El juicio de de Salas es severo porque enfatiza la falta de originalidad del pensador y la existencia ruin del terrateniente esclavista. Por su parte, Julio Seoane señala la paradoja dentro de la paradoja: el distinto del occidental es el salvaje, pero el occidental también tiene su salvaje interno. Para ello se centra en el arquetipo construido sobre los habitantes de las tierras altas de Escocia, que son presentados como enemigos de la civilización, por tanto salvajes, pero que al mismo tiempo se convertirán, por ausencia de civilización, en el paradigma de lo escocés por mor de su autenticidad. No deja de resultar fascinante que si el salvaje es aquello que éramos y debíamos dejar de ser, tomando la senda de la civilización, una vez que hemos alcanzado nuestro destino ilustrado tengamos la necesidad de inventarnos un pasado más auténtico, salvaje, con el que dirigirnos al futuro. Así sucede en Escocia y tantas partes.

El capítulo de John Christian Laursen es de los que más ha interesado a este comentarista. Líneas arriba he señalado que la Ilustración operaba a través de dicotomías maniqueas que hacían difícil la mediación y que, por lo tanto, animaban a la imposición autoritaria. Sin embargo, Laursen nos muestra a través de varios casos fascinantes de encuentros entre exploradores civilizados y salvajes en las costas septentrionales del Pacífico americano, que la mediación no solo era posible sino que estaba expresamente reglamentada. El mecanismo de superación del conflicto entre opuestos es denominado por Laursen como «olvido político» y la lectura de su argumento suscitará sin duda la reflexión del lector.

Fermín del Pino Díaz hace una fascinante reconstrucción de la manera en que el jesuita Clavijero fue capaz de dar la vuelta a la historia de América. Al hacerlo señala que la Ilustración no seguía una única senda, sino que era un movimiento coral del que hemos olvidado a muchos de sus autores. En una época donde los estudios sobre la historia de las ideas están hegemonizados nuevamente por una narración anglosajona del mundo, el recordatorio de Del Pino resulta de lo más actual. También para los autores de este libro. De hecho, el capítulo que sigue a este es el de Gerardo López Sastre, dedicado a William Robertson, viejo conocido de la historiografía española, rival de Clavijero en su narración de la historia de América y que aquí es estudiado a la luz de su visión con claroscuros de la India.

Paloma de la Nuez, en su ordenado y ameno capítulo, se ocupa de forma crítica de la teoría del progreso de Turgot; Rolando Minuti nos introduce al poco conocido y fascinante Jean-Nicolas Démeunier; Francisco Martínez Mesa se centra en la obra principal de Bernardin de Saint-Pierre relativizando su aparente reconocimiento de la diversidad cultural como valor y por tanto, como crítica a la civilización; Cinta Canterla estudia a Hammann y Herder como defensores de la diversidad cultural frente a una civilización que es únicamente francesa; y, por último, María Luisa Sánchez Mejía nos reconstruye el paso titubeante de una Ilustración que afirma sus ideales y se contradice a un liberalismo decimonónico que se convierte en apologeta de la misión civilizatoria del hombre blanco a través del imperio.

En conclusión, en este libro encontrarán los lectores temas muy diversos pero bien ordenados en torno a una cuestión que, aunque alejada en el tiempo en su formulación, no ha perdido actualidad. Si de verdad creemos en la libertad y la igualdad, ¿cuál ha de ser la actitud de los occidentales frente a un mundo en el que esos valores no se comparten de la misma manera? ¿Estamos tan seguros de que el progreso resolverá los problemas de la vida humana en un sentido cosmopolita? ¿Hemos aprendido algo de los sueños de la razón ilustrada y los monstruos a los que han dado lugar? En suma, ¿sigue teniendo autoridad la Ilustración para guiar al mundo?

Referencias

- Dawkins, Richard. 2007. *El espejismo de dios*. Madrid: Espasa.
- Gray, John. 2008. *Misa negra. La religión apocalíptica y la muerte de la utopía*. Barcelona: Paidós.
- Horkheimer, Max y Theodor W. Adorno. 1998 [1944]. *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta.
- Israel, Jonathan. 2012. *La Ilustración radical*. México: FCE.
- Lilla, Mark. 2010. *El dios que no nació. Religión, política y el occidente moderno*. Barcelona: Debate.
- MacIntyre, Alasdair. 2001 [1981]. *Tras la virtud*. Barcelona: Crítica.
- Pagden, Anthony. 2015. *La Ilustración y por qué sigue siendo importante para nosotros*. Madrid: Alianza.
- Todorov, Tzvetan. 2008. *El espíritu de la Ilustración*. Barcelona: Galaxia Gutemberg.

